

AMAR A LOS DEMÁS

Artículo aparecido en la revista NIGRIZIA, n. 6, junio 2011

Con Jesús, “Dios con nosotros” (Mt 1,23), cambia el camino de los hombres. Antes de Cristo, la humanidad se dirigía al Señor en una incesante búsqueda de comunión con un Dios que la religión presentaba cada vez más lejano, una divinidad exigente, que descubriría defectos incluso en los santos y en los ángeles creados por él mismo (“*Si él no se fía de sus propios servidores y hasta en sus ángeles encuentra errores*”, Job 4,18).

Volcados hacia su Dios, todo cuanto hacían los hombres era para el Señor, desde el servicio hasta la oración y el amor hacia el otro. Y a menudo las personas más religiosas estaban tan absorbidas por su Dios que no se percataban de las necesidades del prójimo.

Con Jesús todo cambia.

Con él ha terminado la búsqueda de Dios: no es ya necesario buscar al Señor, sino acogerlo y, con él y como él, dirigirse hacia los demás. Ya no hay que vivir para Dios, sino alimentarse de Dios, un Padre que solicita ser acogido para unirse con los hombres, dilatar su capacidad de amar y convertirlos en el único santuario desde el que irradiar el amor a toda criatura.

Dios se hizo hombre, para siempre, y por ello los creyentes han de confrontarse con un hombre. Para Jesús, aquello que determina el éxito o el fracaso de la existencia, de forma definitiva, no es la relación que se tiene con Dios, sino con los hombres. No es el hecho de reconocerlo “Señor, Señor”, sino cumplir la voluntad del Padre (Mt 7,21), acogiendo su amor y transformándolo en acciones que comunican vida.

Por esto, en la lista de los comportamientos que, según Jesús, hacen impuro al hombre, ninguno de ellos tiene que ver con la relación con la divinidad, el culto, la religión. Solo aparecen enumeradas las actitudes negativas que dañan al otro: “homicidios, adulterios, prostitución, hurtos, falsos testimonios, calumnias” (Mt 15,19). De igual modo, al rico que le preguntaba qué mandamiento había de observar para obtener la vida eterna, Jesús le nombra solo aquellos referidos a los deberes hacia el prójimo, dejando a un lado los mandamientos de las obligaciones hacia Dios, que eran considerados importantísimos: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y amarás al prójimo como a ti mismo” (Mt 19,18-19).

El mensaje de Jesús se hace, pues, universal y abraza a toda la humanidad. No se les preguntará a los hombres si han creído, solo se les preguntará si han amado. No se indagará si han asistido al templo, sino si han abierto sus casas a los necesitados. No si han hecho ofrendas al Señor, sino si han compartido el pan con quien tenía necesidad. Todo aquél que muestre atención a las necesidades ajenas e intervenga para ofrecer su ayuda, entra en la vida definitiva.

Jesús expone todo esto en una parábola, que hallamos únicamente en el evangelio de Mateo (Mt 25,31- 46). Jesús se sirve de una imagen bien conocida, la del juicio que sufrirán las naciones paganas: “En el más allá, el Santo - bendito sea -, tomará un rollo de la Torah, lo depositará sobre sus rodillas y dirá: quien se haya ocupado, venga y recibirá su recompensa” (Aboda Z. 2 a,b).

Según las creencias del tiempo, en el día del juicio Dios consultaría el libro en el que había ido señalando escrupulosamente todas las acciones realizadas por los hombres, dividiéndolas en positivas y negativas, y les juzgaría en base a las mismas.

Jesús no precisa ningún tipo de registro.

Como el pastor separa fácilmente las ovejas de las cabras, así el Señor reconoce a quien ha amado y a quien no lo ha hecho. Como el pescador sabe distinguir los peces buenos de aquellos que no se pueden comer (Mt 13,48-49) y el agricultor reconoce los frutos buenos y los podridos (Mt 7,17-19), el Señor distingue en seguida a quien posee la vida y a quien carece de ella.

Es fácil reconocer a aquél que ha orientado la propia vida al bien de los otros, y ha gastado su existencia en el servicio de los demás. Las acciones cumplidas en el curso de la existencia se imprimen en la persona, la marcan para siempre, tanto para bien como para mal.

Jesús proclama “benditos” a los justos que le dieron de comer cuando estaba hambriento, de beber cuando tenía sed, que le acogieron cuando era extranjero, le vistieron cuando estaba desnudo, le visitaron en la enfermedad y cuidaron de él cuando pasaba sus días en la cárcel (Mt 25,35-36).

Estos no han llevado a cabo obras espectaculares, sino acciones accesibles a todos, que cualquier puede realizar, gestos de ayuda y misericordia hacia los más necesitados y marginados de la sociedad, con los que el Señor se identifica.

Jesús define “justos” a aquellos que en su vida siempre están dispuestos a dar una mano, a aliviar los sufrimientos, a compartir las penalidades, a cargarse

con los pesos ajenos, y revela que los gestos realizados por ellos hacia los anónimos necesitados, en realidad eran dirigidos a su propia persona, suscitando estupor: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?...” (Mt 25,38).

La sorpresa de los justos revela que ellos no amaron para obtener méritos, y mucho menos porque descubrieran el rostro del Señor en los demás (pues no lo conocían), sino que amaron de forma generosa y desinteresada. El necesitado ha sido ayudado por ellos en cuanto tal, y no por una presunta presencia de lo divino en él. Por esto entran en la plenitud de la vida: la vida que se entrega es la que se posee.

Quien, por el contrario, se cierra al necesitado, aquél que se centra únicamente en sus propias necesidades y no sabe ver las de los demás, ése destruye su propia existencia. Su capacidad vital está atrofiada por un egoísmo que se alimenta solo a sí mismo y encierra a la persona en un sudario mortal. Dios regala vida a quien transmite vida, pero quien no se dona, quien no entrega nada a los demás comprobará no solo que no posee nada, sino que no es nada. Irá al encuentro de una destrucción completa, consecuencia inevitable para quien, privando de vida a los otros, se autoexcluye de la vida.

He aquí por qué Jesús utiliza ahora palabras severas hacia quienes no le dieron de comer ni de beber, no lo acogieron ni curaron, no lo visitaron ni hospedaron: “Alejaos de mí, malditos...” (Mt 25,41). Jesús usa la tremenda invectiva “malditos”, que evoca la figura de Caín, el fratricida, el primer asesino de la Biblia (“Maldito seas”, Gen 4,11).

La maldición no procede de Dios.

El Padre no maldice a nadie, bendice (“benditos de mi Padre”, Mt 25,34). Son los hombres quienes han procurado su propia maldición, ya que con sus opciones egoístas se han cerrado a la vida. Son malditos porque han negado ayuda a quien la necesitaba, y su rechazo, para Jesús, equivale al hecho mismo de haber cometido asesinato: “Tenía hambre y no me disteis de comer”(Mt 25,42).

Alberto Maggi